

## Presente y futuro de los Estudios Clásicos

ANTONIO TOVAR LLORENTE

Yo creo que tienen razón los extranjeros que llaman a España país de lo imprevisto, pues tiene algo de paradójico que en el mundo actual, en 1954 precisamente, nazca nuestra Sociedad Española de Estudios Clásicos. Ahora, cuando en nuestros mismos Institutos, en esa leve diferenciación que separa las vocaciones de los escolares en "Ciencias" y en "Letras", se marca el predominio, a veces catastrófico, de las primeras—y digo catastrófico porque no lo determina una deseable afición a las matemáticas o la química, sino el odio a la venerable lengua del Lacio—aparecemos decididos a que en nuestro país tome cuerpo fuera ya de las aulas, en la trama más amplia y compleja de la sociedad española, la afición a los estudios clásicos. En la época de los fabulosos progresos técnicos, de los más apasionantes descubrimientos de la física, venimos aquí a defender las viejas letras humanas, compañeras de la humanidad durante ya casi tres mil años, desde que Homero, como lo presenta la leyenda, era maestro de escuela en Quíos.

Tienen razón los turistas que buscan en nosotros lo anormal y lo enorme, cuando después de ser el país de literatura más romántica y menos disciplinada, más rebelde a preceptivas y a poéticas aristotélicas, descubrimos que ahora, cuando en todo el mundo se generaliza una crisis en los estudios secundarios capaz de conmovir de sus sólidas posiciones el latín y el griego de los bachilleratos alemán o francés, y cuando los estudios de letras sufren de falta de vocaciones en el sexo fuerte, y los más eminentes especialistas europeos llamados a América se lamentan del número excesivo de señoritas alumnas privadas de grandes ambiciones científicas, se nos ha

*Reproducimos la conferencia dada en Madrid, el 17 de febrero de 1954, como primer acto público de la nueva Sociedad Española de Estudios Clásicos, por el Vicepresidente de esta entidad y Rector de la Universidad de Salamanca don Antonio Tovar Llorente. El pensamiento de esta conferencia está condensado en sus líneas últimas: "Salvemos, si es posible, en la nueva era que empieza, la gran tradición humana, la que ha dado durante tres mil años consolación a los humanos, la que ha sido en definitiva aliada de la religiosidad, la que ha disminuído la natural ferocidad del animal humano; esa ferocidad que parece que se despierta."*

convocado para dar forma a una organización social capaz de mantener encendido el entusiasmo por nuestros estudios.

¿Es que una vez más España debe acudir a la brecha y salvar lo que en Europa ha sido puesto en peligro? ¿Es que no estaremos en condiciones de hacer una labor grande y profunda y esta Asociación no habrá de ser más que una planta de vida fugaz y amenazada? Meditemos un poco sobre la significación de nuestros estudios y sobre sus posibilidades en el futuro.

Mi recuerdo vuelve ahora a mi estudio. Los ruidos de la ciudad provinciana apenas llegan hasta aquí. El frío encierra a las gentes y no se oyen esas martirizadoras radios del buen tiempo a través de las ventanas abiertas. Leo una nueva edición de los Bucólicos griegos:

a cierto caminante,  
hombre de Cidonia, bueno con las musas, nos encontramos.  
Su nombre, Lícidas, y era cabrero, que nadie  
hubiera podido desconocerlo, pues bien lo parecía.  
De un cabrío velludo llevaba puesta  
sobre sus hombros la piel que olía a cuajo nuevo,  
y su pecho oprimía una vieja túnica  
sujeta con un cinturón trenzado, y un cayado  
de acebuche tenía en su diestra. Muy tranquilo  
con ojos risueños, y la risa en los labios, me dice:  
—Simíquidas, ¿adónde, a mediodía...?

¿Qué sentido tiene mi lectura? ¿Qué es leer? Estas letras que ha cuidado de imprimir un filólogo inglés amigo mío al que nunca he visto, con el que sólo me he comunicado por correspondencia y para remitirle fotocopias de manuscritos o para pedirselas de artículos de revistas inaccesibles, me transmiten lo que un poeta griego escribía en Alejandría hace dos mil y pico de años. No puedo recordar que en Alejandría haga calor, ni que allí unos humildes griegos, que yo he visto, tal vez un poco trapaceros ahora, mantengan, como en memoria de Teócrito, las muestras en griego de sus tiendas, de sus zapaterías, de sus carbonerías, de sus barberías. En aquel calor, en aquel ambiente polvoriento de Egipto escribía este poeta, en el corazón de una gran ciudad, no lejos sin duda del palacio real, de la biblioteca, donde los jardines formarían una grata barrera contra la suciedad del puerto, contra la pobreza de los barrios populares en que los bárbaros seguían hablando en su jerga ininteligible. ¿Qué nos dice el poeta? Escuchadle un momento, está celebrando al príncipe

en quien consiste la solidez de todo aquello, del palacio, de la biblioteca, de los jardines, de que los egipcios se mantengan en sus oscuros rincones...

Mi amigo el filólogo ha reunido por primera vez en las notas al pie todas las referencias que nos han llegado desde las aldeas del Egipto, en los trozos, casi siempre deleznable, de los papiros, quiero decir, de los papeles vegetales antiguos donde escribían. ¿Por qué ese cuidado? Han pasado más de dos mil años y la voz del poeta nos llega muy alterada, confusa, mezclada... El poeta escribía allá en papiros. Un copista excelente seguramente que pasaba los borradores en limpio, y en la biblioteca real debía conservarse una magnífica copia, un ejemplar de lujo. Pero la vida del papiro es corta. Sólo con la gran sequedad de Egipto pudo durar más, si no es muy raro que dure más de cien o doscientos años. No es material de archivo. Hacen falta lectores que continuamente copien la obra. La vida literaria no queda confiada al seguro de una dormida biblioteca. Si no estuvieran impresos en papel, los grandes infolios que duermen sus sueños teológicos o jurídicos en la biblioteca de mi Universidad, por ejemplo, habrían desaparecido ya. Los cambios de gusto y de interés, los desplazamientos de la moda, condenan continuamente obras literarias al olvido. Ahora, con la imprenta y con la buena calidad del material en que están impresos, los libros duran mucho, y siglos después de muertos y olvidados, ahí están esperando tal vez en vano al curioso que quiera sacudirles el polvo. Pero el libro antiguo estaba mucho más amenazado de muerte. Miles y miles de libros que no fueron copiados allá en la crisis final de la antigüedad, cuando al rollo de papiro sustituye el códex, el libro encuadernado formado por hojas de pergamino, no tardaron en desaparecer.

El libro en pergamino era mucho más duradero, y si en el rincón donde había ido a parar no iba a destruirlo el fuego, allá guardaba el tesoro antiguo durante mil años. El ignorante copista de la alta Edad Media era respetuosísimo y cuidadoso, y si había copiado de un buen ejemplar antiguo, revisado por un gramático competente, nos daba una labor de calidad. Pero hasta que el libro antiguo llegaba al puerto seguro de una buena copia guardada en un monasterio bizantino o benedictino, cuántos azares y cuántas manos. Si el pobre copista de los siglos más oscuros no había tenido a su disposición más que una copia defectuosa, el gramático posterior, el filólogo moderno, dedicarán vigiliadas más o menos fructuosas a remediar el daño lo mejor posible.

Ese es el caso con muchas de las poesías que forman este librito. Hay un grupo de ellas, las mejores, las más auténticas de Teócrito, que han pasado aquella época tempestuosa sin grandes daños, pero hay otras que por ser añadidas a la colección, de otros autores, o de dudosa paternidad, han llegado a los manuscritos medievales por vericuetos complicados, en los que se han dejado más de un verso y más de una palabra difícil. Mi respetable amigo el filólogo de Cambridge ha tenido que trabajar, por supuesto que aleccionado por los aciertos y los disparates de unas cuantas docenas de sabios, los bizantinos del siglo XIII y del XIV, los italianos del XV, los franceses del XVI, los holandeses del XVII, los ingleses del XVIII, los alemanes del XIX... También de un español, que fué catedrático en Alcalá y en Salamanca, y que en Italia oyó las explicaciones a nuestro texto dadas, cuando él era colegial de San Clemente de Bolonia, por Marco Musuros, un cretense que trabajaba con el editor Aldo Manucio. Yo pude descubrir los apuntes y cotejos de manuscritos hechos por nuestro an-

tiguo colega, el gran comendador griego, Fernando Núñez de Guzmán, que, siguiendo una falsa identificación geográfica, aludió a su ciudad natal, Valladolid, con el sobrenombre humanístico de Pinciano.

Mi ignoto amigo el editor inglés reúne toda esta tradición. Los trocitos, casi reliquias de los papiros, las variantes de los manuscritos, las conjeturas de bizantinos y occidentales, la labor crítica de los filólogos, todo... Tenemos entre las manos, tal vez un poco descalabrado, pero el corpus completo de los bucólicos griegos, mejor que pudieron leerlo nunca los antiguos y los modernos. Casi como cuando salió de la mano del poeta, casi como cuando fué copiado en el ejemplar de lujo para la biblioteca riquísima del rey Tolomeo. Pero mejor: más explicado, más cargado de literatura, más secundario, más clásico.

Me parece que con estos adjetivos nos vamos acercando un poco a la definición de lo que somos nosotros. El poeta escribía en Alejandría a la sombra de palmeras, bajo un fuerte sol, ligeramente vestido. Sus versos reflejaban, lo hemos visto, la vida del campo, del campo de la vieja Grecia, que entonces se había quedado exhausta y medio desierta. ¿Quería idealizar, presentar de un modo atractivo la vida de los campos abandonados? ¿Quería recordar los rebaños de antaño, ahora que en las islas había sólo alguna que otra cabra ramoneando por el suelo rocoso y desolado?

Estas poesías traen el eco de creaciones lejanísimas, que en Eubea, en Arcadia, en Sicilia, habían tomado forma de mitos. El poeta bucólico, ya hombre de gran lectura, se basa en los temas tradicionales y les presta la forma eterna. ¿Qué es lo que nos atrae en la poesía bucólica todavía? La verdad es que no referimos a esta poesía que leemos experiencias personales directas, pero se han incorporado a nuestra naturaleza figuras literarias que emanan, sobre aquel remoto y vago fondo mítico que pensaremos es de creación popular, de la obra literaria que tenemos entre manos. El filólogo que nos ha dado esta edición ha manejado una cantera eterna, y para él será viva en alguna resonancia de versos de Sydney, como para nosotros lo es en versos de Garcilaso:

Oh bella Galatea, más suave  
que los claveles que tronchó la Aurora,  
blanca más que las plumas de aquel ave  
que dulce muere y en las aguas mora...

Góngora nos acerca, a través de Garcilaso, de Ovidio, de Virgilio, a la creación de Teócrito, que a su vez embellecía una leyenda de las costas sicilianas. Por eso, ahora, uno, a solas con sus libros, leyendo esta edición oxoniense, tiene un sentimiento infinitamente complicado, en el que más que el poeta lejanísimo que escribía en Egipto, entran todos estos recuerdos literarios incorporados al alma nuestra. Por eso he hablado de esa percepción secundaria, de segunda mano, clásica, de clase, que tenemos de esta poesía que se identifica con la historia entera de nuestro mundo...

Un paréntesis he de hacer aquí para protestar contra el excesivo historicismo de nuestra enseñanza escolar. En los exámenes le pedimos al pobre alumno que nos diga en cinco minutos de qué siglos son, respectivamente, Teócrito, Fray Luis y Víctor Hugo, pero esto nunca ha sido una tradición occidental. Me acuerdo todavía de que mi padre, no un literato, sino notario, que había estudiado en el Bachillerato Retórica y Poética, todavía se acordaba de buenas tiradas de la Epístola ad Pisones, así como de los mejores trozos de Fray Luis o de la Elegía a las ruinas de Itálica. Ello me parece que daba más

orientación literaria que los esquemas y cuadros con los que el historicismo ha cargado a los bachilleres, que aborrecen tales listas de nombres conocidos sólo de oídas, sin que en la mayoría de los casos les resuene cordialmente ni un solo verso. Yo creo que habría que dejar tantas historias de la literatura para volver un poco a aquellas retóricas y poéticas que yo aún alcancé en mi bachillerato, y que con sus ejemplos deliciosos y con sus trozos escogidos constituían un mínimo de formación literaria suficiente para mantener la continuidad de la cultura occidental. Y eran para algunos el incentivo de una vocación.

Porque—y aquí vuelvo a anudar el hilo con el momento de crisis en que nace esta asociación nuestra—lo que ocurre es que leyendo a Teócrito tengo la sensación de si no se estará volviendo esta lectura una cosa de especialistas, limitada y cerrada, de no mayor trascendencia general que la lectura de un documento asirio por ejemplo. En clase, cuando uno explica un texto, por ejemplo las églogas de Virgilio, o unos capítulos de Tito Livio, se encuentra con un desinterés de los alumnos que desespera, un desinterés que parece definitivo, y que toca las raíces mismas de la cultura occidental. La mayoría de nuestros bachilleres parece que se dedican a la sección de Ciencias, en algunos Institutos Nacionales, en proporciones alarmantes. Resignémonos. Pero lo peor es que de los pocos estudiantes que llegan a elegir nuestra pobre carrera de Filosofía y Letras son escasísimos los que tienen alguna cultura literaria y no ponen cara de asombro cuando se les pregunta quién era Rómulo o qué es en la historia romana un cónsul. En un comentario muy agudo me acuerdo que el poeta Pedro Salinas se lamentaba de que nuestro mundo ha sustituido la mitología tradicional por las historietas de dibujos, que, creadas por Walt Disney o por otros, invaden cada día más las páginas de los periódicos y las pantallas de los cines. El desinterés de nuestros estudiantes por todo aquel pasado remoto que apasionó casi siempre, es hoy total y desconcertante para los que tenemos por oficio ilustrar a nuestra juventud con las bellas letras griegas y romanas.

En momentos de mal humor uno le echaría la culpa a los colegas, a la mala tradición escolar, a las gramáticas aburridas, a la limitación de los estudios a las completivas con *ut* o al potencial con *y sin*  $\xi$ . ¿Cómo—se pregunta uno—van a interesarse los estudiantes en lo que en definitiva no es sino la áspera corteza, la preparación, el instrumento, para penetrar hasta la sabrosa almendra de la sentencia de Platón o el verso de Virgilio? Pero lo terrible es que es más fácil interesar a los estudiantes de hoy en los instrumentos gramaticales y en el estudio de las gramáticas y las lenguas raras, que en esa maravillosa arca cerrada de la sabiduría antigua.

Verdad es que la ciencia filológica ha simplificado por una parte mucho las cosas, y es fácil hallar un libro excelente que nos informe perfectamente sobre el pensamiento de Platón, dispensándonos de paso de la fatiga de leerlo todo y de encontrarnos con que muchas cosas ya las sabemos, sin haber leído nunca al filósofo, por la sencilla razón de que la humanidad las ha aprendido de él y las viene repitiendo, sin nombre de autor, como cosa asimilada, desde hace cientos y cientos de años.

Pero esta misma comodidad, y la de disponer de excelentes medios de trabajo, diccionarios, enciclopedias, repertorios bibliográficos, con los cuales suplimos con ventaja los prodigiosos esfuerzos de memoria de bizantinos, humanistas y filólogos del pasado, ha

debido de quitar su interés a los estudiantes. Desde mi estudio, con la edición de Teócrito entre mis manos, pienso en mis estudiantes, de los que pocos sienten esa adoración por los textos antiguos, los textos con los que vivimos, que nos sueñan en los grandes poemas de nuestra lengua...

Y detengámonos un momento en esto de la creación artística en nuestra lengua y en las demás lenguas modernas. Hubo también en esto una gran revolución, y desde el romanticismo el artista tiene que ser original. Tanto que nos gustan ya, más que las obras de arte, los documentos humanos. El poeta nos informa, en un lirismo intimísimo, de lo que siente en su pulso, sin pensar si esto es suficientemente importante para interesarnos. Nada de eso ocurría en la literatura basada en la gran tradición grecolatina. Cuando Fray Luis canta el vuelo del alma arrebatada por la música de Salinas que

traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música, que es la fuente y la primera.

Y, como está compuesta  
de números concordés, luego envía  
consonante respuesta,  
y entre ambas a porfía  
se mezcla una dulcísima armonía.

Aquí el alma navega

y el maestro, siguiendo a Pitágoras, a Platón, y también a lo que saben los místicos, da maravillosa forma a lo que era una creencia general, y pone las palabras, que en definitiva es lo que ponen los poetas. Los sentimientos personales, tal vez son en cada caso muy pequeños, aunque sean de un pasional dedicado a ellos como Lord Byron, por ejemplo.

Pero esa orientación del arte moderno, posterior al Romanticismo, nos orienta sobre el desinterés que notamos en los mejores alumnos que vienen a nuestras aulas en busca de la dote de las musas y de Apolo.

Eso quiere decir que hemos entrado en otra época, y que nuestra asociación tiene que luchar con olas antes no conocidas, y padecer desvíos inexplicables. Después de, por ejemplo, los poetas bucólicos de las escuelas sevillana y salmantina, que encubrieron sus aventurillas, seguramente reprobables para el moralista, con la hermosa cobertura de las enseñanzas de este *corpus bucolicum*, de este librito de pocas páginas pero tan importante, que tengo en la mano, los poetas han renegado de este magisterio poético, y las últimas Filis y Cintias, como las últimas llamadas a las musas para que

desde la cumbre de Helicón divino

llegaran hasta

la abundosa y apacible vega  
que el claro Tormes riega,

se extinguieron con las revoluciones y guerras que inauguraron el pasado siglo. Ese momento inició una nueva época, cuyo triunfo definitivo estamos contemplando después de las guerras y revoluciones que han llenado la primera mitad de nuestro siglo.

Este librito es verdad que lo han estudiado, que lo hemos estudiado profesores y helenistas con alma curiosa y algo poética, abierta a todas esas resonancias gracias a las cuales podemos sentir lo que sentía un poeta que escribía en el palacio de Alejandría sobre una vida pastoral griega ya remota, idealizada

y desaparecida... Pero los que ya no lo han estudiado, ya no lo estudian, son los poetas. ¿Se agotó el viejo tema? ¿Murieron para siempre, con el romanticismo, Dafnis y Galateas, amables mitos de Arcadia y de las playas del mar latino?

Tal vez sí, por eso nuestros alumnos andan remisos y se resisten a leer. ¡Leer! Pero ¿es que la humanidad va a seguir leyendo?

Las historietas de los periódicos, la pantalla de cine, las sombras de la televisión, las clases dadas por radio o ilustradas con películas documentales: amenazas contra el viejo sistema de la lectura. Víctor Hugo, con gesto victorhuguesco, presenta frente a las torres de Nuestra Señora de París al sabio que con el libro impreso en la mano profetiza: "¡Esto matará a aquello!" Pero lo que él no podía prever es que ahora, al cabo de un siglo justo, podemos preguntarnos, preocupados, frente a las maravillas de la óptica y de la acústica, si no está de verdad amenazado el libro impreso.

En la conocida novela de Aldous Huxley sobre la vida del futuro, los libros son desconocidos de las gentes. Sólo los sabios de la clase superior de la sociedad, los que gobiernan el mundo feliz, instruídos por la radio y el cine exclusivamente, conservan escondidos los libros que fueron enseñanza de la humanidad y que, al fin, han sido prohibidos para no alterar el equilibrio definitivo logrado, que da, ya sin más sueños ni más apetencias vagas, la felicidad a los humanos. Los libros reposan en armarios secretos, a los que sólo los sumos dirigentes tienen acceso. En aquellos penetrales duermen las últimas sustancias de la cultura humana en una etapa pasada.

Creo que nos orientaríamos sobre el ambiente en que nuestra Asociación ha de abrirse camino, si nos dedicáramos, si permitiéramos que lo haga de paso en materia larga y grave, a pensar un poco en una nueva periodización de la historia. La división corriente, la que hemos aprendido en el bachillerato y perdura como columna inmovible en los planes de nuestras Facultades, está ya fuera de lo actual. Cuando sabemos que la prehistoria duró cientos de miles de años, y cuando, por otra parte, nos damos cuenta, en la cara que ponen nuestros alumnos cuando les preguntamos quiénes son las señoras Musas de que hablaba hasta hace un siglo todo poeta, pagano o cristiano, de que hemos entrado en un tiempo diferente del pasado, esta antigualla de las tres edades (Antigua, Media y Moderna), con su añadido de Contemporánea, se viene ruidosamente abajo. Las revoluciones y guerras de nuestro siglo han echado abajo la noción de contemporaneidad aplicada a la Revolución francesa, y en cuanto al modo de hacer la guerra de Napoleón, se parece, con artillería y todo, mucho más al sistema de Alejandro Magno o de Asurbanipal, que al del Pentágono.

Las raíces de nuestra cultura están en Homero o en los profetas hebreos, y, en definitiva, apenas suben, si miramos a sus últimas fuentes literarias, al año mil antes de Cristo. Si pensamos en las ideas religiosas o míticas en que esas primeras raíces de nuestra cultura están arraigadas, tal vez podamos subir un par de milenios más allá, hasta el momento en que el sedentarismo, la ciudad, la agricultura, la minería, dan a la humanidad unas bases sociales y económicas que se mantienen sin mucha diferencia desde el eneolítico hasta el salto industrial de hacia 1800.

Tendríamos, pues un período prehistórico larguísimo, en el que el hombre va pasando de la historia natural a la historia plenamente humana, y que a

nosotros nos va interesando en la medida en que se aproxima a ésta.

Una era que podríamos llamar arcaica separaría, o si se quiere uniría, la Prehistoria con nuestra edad. Esa edad arcaica en la que se difunden por el mundo entero, a partir del grande y único hogar de Mesopotamia y Egipto, los elementos de la cultura superior: los puntos cardinales y las edades del mundo, la pirámide ritual y ciertas ideas religiosas... Por un lado, esa cultura permea lentamente a los negros de África; por otro, con hogares de importancia primaria en la India y en la China, llega a través del Asia entera y del inmenso Pacífico hasta las cimas de los Andes. Fondos de saco que guardan restos anteriores, fases pasadas son Australia, el extremo oriental de Siberia, el sur de América, el fondo de la India y el de África del Sur... Por primera vez, esta idea de la difusión de la cultura nos da las bases para una historia verdaderamente universal. La que hasta aquí se llama así padece de un engañoso europeocentrismo. La edad arcaica, que en nuestro mundo, el que rodea inmediatamente al foco primario, es superada con los primeros imperios históricos de sumerios y egipcios, se prolonga a distancia hasta tiempos recientes, de la misma manera que en los últimos fondos geográficos, allá donde no llegó la cultura arcaica, se prolongó hasta ahora la Edad de Piedra, así en Australia o en la Patagonia.

La superación de la edad arcaica abrió un nuevo horizonte, que es el que representan de modo excelso nuestros clásicos. Este libro de los bucólicos que leía en mi estudio se basa en algunos mitos arcaicos, en recuerdos del mundo que Vico llama *ferino* y ciclópe. Polifemo es un monstruo de los que preocupaban al hombre arcaico. El cuento de Ulises y el ciclope se encuentra en el folklore de casi todo el mundo: cabe preguntarse si por la difusión de Homero o si, por el contrario, porque Homero en los umbrales de la edad humana, saliendo del arcaísmo, recogía un mito que estaba ya infinitamente difundido.

La verdad es que el progreso que representó esta edad que podemos llamar *humana*, y que para nosotros comienza, como he dicho, en Homero y en los profetas hebreos, diferenció profundamente las culturas, y así nació esa rica variedad que aísla y extraña entre sí a los pueblos. Las culturas, cuanto más primitivas, están más intermezcladas y promiscuas. El griego no se parece más que al latín, y si acaso a las otras lenguas indoeuropeas; pero en cambio, en cuanto entramos en lenguas de horizonte arcaico, resulta que el vasco tiene elementos en común con el indoeuropeo, con el camítico, con el caucásico y hasta con las lenguas paleosiberianas. A menor altura cultural, menor diferenciación. Lo cual me parece que es una ley general de la vida, también de la vida biológica.

¿Cómo hemos de llamar a esa edad, sino humana? Y me parece que nosotros somos humanistas en cuanto herederos de esta vida, de esta vida que hemos de obstinarnos en inculcar en nuestros discípulos. Napoleón podía sacar enseñanzas de las campañas de Alejandro y de Julio César. Hoy, los mejores generales tienen un Estado Mayor de físicos, de químicos, de economistas. Las Memorias de guerra de César ya no pueden interesar más que a los estudiantes de latín. Y como éstos sospechan que esto es una serpiente que se muerde la cola, se desinteresan de tales libros, y cuando en clase, con un mapa o dibujando en la pizarra Lérida y el Segre y el Cinca, nos obstinamos en hacer ver cuál era la verdadera situación del general romano en aquel momento, los bostezos mal disimulados vienen a decirnos que todo ello ha perdido actualidad y vigencia.

Esto quiere decir que hemos salido de esa edad humana, que sigue a la prehistoria y a la edad arcaica, y que estamos ya de lleno en otra era. Los periodistas norteamericanos la llaman atómica. Algo habrá de eso. Hemos entrado en la edad mecánica, tecnológica; en suma, menos humana.

Es posible que la felicidad esté más cerca de los hombres. El cine es un espectáculo menos catártico, pero evidentemente más obsesionante y más vaciador del contenido anímico de cada ser humano que la tragedia que desde la edad arcaica, y primero en formas rituales, luego ya con alta poesía y música, ha acompañado a los vivientes en los milenios de era humana. Las enfermedades y los infortunios se remedian más que antes con los progresos de la cirugía y de la terapéutica y con el avance incontenible en la seguridad social. La economía, aún en mantillas, seguramente que resolverá el problema de que todos los humanos tengan su parte alcuota de alimento y vestido. Las grandes colmenas humanas funcionan mecanizadas en todos los detalles. La muerte misma, si no es por accidente, es eufemizada y silenciosa entre los algodones, el silencio y la luz blanca de los sanatorios.

El gran consuelo de la literatura, la explicación que desde Homero y los profetas hebreos, y aun desde antes en los restos que en todo el mundo recogemos de la tradición mítica, no va siendo tan necesario. Toda la filosofía de Horacio, que reposa en la sabiduría almacenada en siglos de horrores arcaicos, sueña hoy pálida y débil, y es en vano que yo intente comunicarles a mis alumnos el estremecimiento de aquello de

sed omnis una manet nox  
et calcanda semel uia leti.

O la precristiana resignación de

leuius fit patientia  
quidquid corrigere est nefas.

El alumno imberbe o la linda estudiante que está contando las horas que le faltan para que llegue la sesión vespertina de cine, piensa que eso ya lo sabe, y no tiene idea de que, en el primor verbal, el decirlo de una manera y no de otra está todo el arte de la edad humana.

Horacio ya sabía que toda su sabiduría era patrimonio general, y sus oyentes también, y la inmensa caterva de sus imitadores y traductores hasta hoy. Pero todos creían que el *quid* estaba en la manera de decirlo. El arte humano consistió en eso. No tenían en esa edad humana de la historia impaciencia, ni en arte les preocupaba nada el en qué quedará esto, ni el final inesperado y sorprendente. Iban al teatro a ver los mismos temas teatrales o siempre las mismas óperas, y sabían esperar las mismas determinadas maravillas en los mismos fijados momentos.

No es que el arte se limitara a lugares comunes, como parece que ocurre en otros círculos culturales que los de nuestra tradición. Pero se movía por los mismos círculos, y aun el genio que osaba lo nunca intentado, cual Dante, utilizaba entera la tradición anterior. En los tercetos de la *Commedia* están Virgilio y Ovidio con la entera mitología, cuyas raíces penetran, lo repito, en la edad arcaica. El poeta genial lo renovó todo y prestó juventud inesperada a tantas y tantas cosas que habían sido dichas. Y, en definitiva, también era nueva la forma de decirlo.

Con razón se llamaron humanistas los que vivieron y crearon dentro de esta tradición, los que se dedicaron a refrescarla y, en lo posible, a resucitarla.

Fué el momento de los humanistas, desde el primer Renacimiento de Petrarca, uno de esos en que la especie hombre se volvió sobre sí misma e intentó revivir lo que había muerto tantos años hacía. Hasta resucitó, en la Italia del xiv, una república romana dispuesta a renovar la antigua grandeza. Pero si quitamos las anécdotas superficiales, de las que Burckhardt nos da tan hermosa colección, lo que queda de aquel movimiento es la continuidad, en un momento decisivo en que aparecían las lenguas modernas con su vitalidad y sus genios inéditos, de toda esa tradición basada en los recuerdos confusos, mitificados, de la edad arcaica y formada en una nueva era de la Humanidad que se abrió, a la vez que entre los griegos de Homero a Sócrates, en los países remotísimos de los judíos, los chinos y los indios. Jaspers ha señalado muy recientemente este cambio decisivo de eras para la Humanidad, y creemos que esto hay que aceptarlo.

Los humanistas, y más en cuanto intentaban combinar, en el sentido en que Toffanin explicó, la tradición grecolatina con la judeocristiana, en realidad lo que hacían era, con un horizonte occidental, asegurar la continuidad de la cultura humana fundada en las tradiciones arcaicas. Es interesante que con ello la ampliación de los horizontes geográficos cumplida con los grandes descubrimientos todavía se mantuvo dentro de los límites de esta cultura humana, humanística, y que los valores de toda esa tradición fueron así extendidos, seguramente que con beneficio, por casi toda la extensión del planeta. La colonización de América fué hecha llevando a cuestras esta tradición, y la comprendería mal quien, trasladando a tiempos pasados el nacionalismo del xix, creyera que España, por ejemplo, se trasladó a sí misma a América. No: fué la integridad de esa tradición cultural, en la medida mayor o menor en que los españoles la dominaban, la que fué llevada allá por los conquistadores y misioneros. La escolástica o el endecasílabo italiano o el prestigio de la prosa ciceroniana es lo que formaba la base común de esta tradición.

La esencia del humanismo se nos da en la profunda sabiduría de una oda de Horacio o del breve y escolar *Pro Archia* ciceroniano. Consiste en anteponer la cultura del espíritu a los bienes materiales, en preferir la persuasión a la violencia, en no creer que el hombre esté hecho sólo para mandar y gozar, en creer que tenemos obligaciones de piedad hacia la Divinidad, hacia nuestra patria y familia, y aun hacia los hombres en general. Seguramente por ese fondo último tan bien dispuesto frente a la religión es por lo que la Iglesia llegó tan pronto a hacer de la literatura antigua un aliado suyo, y pese a las polémicas y exageraciones, nunca ha proscrito de sus escuelas lo más pagano y lo más incierto de la literatura antigua en cuanto a los últimos destinos del hombre. Hay una comunidad de tradiciones sólidamente establecida, y, pagano o cristiano, el sentido de la vida en la era humana, desde Homero y los profetas judíos hasta los comienzos de la industria moderna, es muy semejante y sostenido. El cambio está en ese sentido de la vida, que ya hoy parece que domina en las zonas que más han progresado industrial y socialmente, y donde esos valores de piedad, estima de lo espiritual, elevación del espíritu, parece que van decayendo.

Es posible que frente a esa marcha universal de las cosas nosotros podamos muy poco. Pero nuestra obligación es luchar por salvar ese sentido humanístico, esa conciencia de la limitación humana—y del exceso que el hombre tiene sobre un animal—. Cuando vamos hacia la feliz colmena o el hormiguero bien

organizado, no son tal vez tan necesarios como antes los consuelos humanos, y aun divinos, del viejo humanismo de Platón y de Sófocles, que al fin y al cabo riman bien con la sabiduría arcaica de los libros sapienciales de la Biblia.

Me encuentro, pues, en la obligación de explicar y defender al viejo humanismo, que en otras ocasiones he despreciado. Todo el sentido histórico moderno no llega a equiparar los clásicos con las otras culturas. Podrán restringirse los estudios de griego y de latín en el bachillerato de grandes países europeos, pero la verdad es que a estas lenguas les queda reservada siempre una misión de magisterio especial. Son las llaves maravillosas mediante las cuales ascendemos a las raíces de nuestra cultura. (Y al decir raíces nos damos ahora cuenta de cómo la cultura de la época humana o humanística se basa en los recuerdos de la edad arcaica, en los mitos y maravillas conservados no se sabe cómo desde la prehistoria remota.)

Es verdad que esas raíces van quedando lejos de la vida moderna, que se nutre de un modo nuevo y menos vivo que mecánico, de otras fuerzas. Pero lo que hemos de defender es ese viejo sentido de la cultura humana que supone tan excelsa sabiduría acerca la vida. A medida que el mundo se desentiende de ella y va volviéndose hosco, duro, inmisericorde, mecánico, vamos sintiendo que los portadores de su legado, los que hemos aprendido desde niños a amarla y buscarla, tenemos que salvarla para ese porvenir que tan sombrío aparece sobre nosotros.

De esta tradición humana y humanística hemos hecho algo científico. El historicismo nos ha enseñado a mirarla a distancia, a extrañarnos de ella, a ver lejanísimos y difícilmente comprensibles a los antiguos.

Si ello nos ha alejado de los antiguos, nos ha metido en la corriente científica del mundo entero, nos ha hecho observadores a distancia de lo que todavía los poetas del siglo XVIII sentían como cercanísimo y propio; por otra parte, hay que señalar lo que hay de triunfo en lo que hemos llegado a saber de la cultura antigua. Es un saber moderno y, por consiguiente, bastante mecánico; pero no cabe duda que el que nos suministran nuestros medios de trabajo (un *Handbuch* de Iwan-Müller, un Pauly-Wissowa) no podían soñarlo los gramáticos antiguos y los humanistas del Renacimiento, que trabajaban de memoria. Nos hemos enriquecido, hemos sacado partido de lo que los medios modernos nos dan, tenemos la vanidad de disponer de una acumulación enorme de saber que está allí, almacenado por los especialistas y esperando nada más a ser consultado. Es más: tenemos el deber nosotros, los profesores de estudios clásicos, de plegarnos al espíritu científico y de trabajar honradamente como especialistas en cualquier parcela. Sería superficialidad empeñarnos en mantener únicamente el sentido humanístico general y una vaga preocupación por la forma como contenido total del legado de los antiguos.

Pero también dejaríamos evaporar lo sustancial de este legado si nos dejáramos llevar de un estrecho espíritu científico y especialista y no viéramos en nuestra tarea de estudio la aportación a esa maravillosa e irrenovable creación humana que es la tradición clásica. En no aceptar el retroceso de sostener un humanismo a la antigua y en mantener por otra parte en nuestro trabajo científico el espíritu de la tradición en los aspectos sustanciales que hemos intentado resumir, está un ejemplo concreto de cómo hemos de procurar salvar las tradiciones humanas en una etapa deshumanizada y sin el viejo espíritu, como es aquella en que estamos entrando.

Nosotros, los gramáticos, los profesores de literatura, de historia, de arqueología; los que hemos he-

cho tarea de nuestra vida la comprensión de esa gran tradición humana, tenemos que volver a cultivar ciertos aspectos que, dominados por el puro historicismo, hemos descuidado casi del todo.

No vamos a aspirar a dictar, con la autoridad que nos da el trato con los clásicos, leyes a los creadores de hoy. Los artistas, los poetas o escultores, no nos consultarán a quienes podríamos explicarles a Quintiliano o el canon de Policeto. Los caminos de libertad que el arte ha tomado tal vez acabarán con él cuando en un mundo feliz y bien organizado no sea necesario sino como decoración y pasatiempo. Pero ahí no podemos hacer advertencias ni nos las aceptarían. Podemos, eso sí, con nuestra sabiduría humanista, con nuestra noción de los límites y de la piedad, con nuestra conciencia de que la Divinidad ha puesto lindero a la loca ὕβρις de los hombres, tener un cierto escepticismo ante esos panoramas de felicidad en este mundo que la política o la técnica nos pueden prometer. ¡Ya sería eso una buena lección dada por nosotros, los profesores de clásicos, a quienes en cambio no nos harían ningún caso los directores cinematográficos si nos obstináramos en recomendarles hicieran películas en cinco actos! Esa gran lección de desesperanza en los medios humanos, es decir, por lo mismo, de esperanza en lo otro, es quizá la tradición más sana del humanismo, y la que nosotros hemos de mantener para cuando la Humanidad entre del todo en la nueva etapa mecánica y deshumanizada. Si en ella se olvidara del todo la tradición humanista, si no se leyerá más, se habría perdido una gran fuente de consuelo y una explicación profunda de la vida.

De ella somos depositarios nosotros, permitidme que os lo diga. Pero aparte del sustancial servicio de mantener viva esta continuidad, aún podemos prestar otros menores.

Por ejemplo, inculcando en las nuevas generaciones el cuidado del idioma. En cada país de cultura la lengua es un tesoro que hay que evitar se degrade y pierda. Más aún en nuestro caso, cuando hablamos una lengua de importancia mundial y ya, podemos decirlo, sin una metrópoli única. Hace aún medio siglo se podía creer que la lengua vive espontáneamente. El historicismo, basado en el optimismo romántico de la creación popular, podía abandonar la lengua a su espontaneidad y cultivar la gramática únicamente como gramática histórica. Sólo el desarrollo histórico era objeto del conocimiento científico. Unamuno, al exponer cuál era su método de enseñar el griego en la clase, se lamenta del "natural escolástico y seco de nuestros espíritus", que, "corroborado por una educación seca y escolástica", les hace preferir la gramática a la literatura, la exposición de las reglas a la lectura de los textos. Pero hoy, cuando ha llegado a ser casi verdad la petición del gran escritor de "proscribir la gramática de las escuelas, sustituyéndola por ejercicios de redacción y otros de lectura y comentario de clásicos", tenemos que pensar que el cultivo formal de la lengua es muy importante, y que si queremos impedir (o retrasar siglos) la fragmentación de un idioma que se extiende por continentes de mar a mar, una atención a lo descriptivo y aun a lo normativo, casi al modo de la Academia, es necesaria.

He aquí una misión que nos compete a los profesores de humanidades. Otra sería la de mantener vivo el arte de la lectura. La lectura, que comenzó por ser casi de escribas y sacerdotes, que van recorriendo y reconociendo (ἀναγιγνώσκω) o recogiendo (*legere, lesen*) los misteriosos caracteres que nos hacen (como se dice "leer" en ciertas lenguas primitivas) "hablar a solas" o nos "obligan a hablar", se ha trivializado tanto, que leemos en el tranvía o en el autobús, o

compramos una novela policíaca para pasar las largas horas del tren. Se nos está olvidando leer. Recorreremos los libros rápidamente; no los leemos enteros, ni menos aún los releemos. Del exceso de memoria hemos pasado al extremo contrario, y estoy seguro de que no más de cinco bachilleres entre mil son capaces de guardar en su memoria, de corrido, un soneto.

Toda la tradición humana, que es decir la tradición literaria entera, está en peligro. No de olvido, que para eso se multiplican las ediciones y las bibliotecas, pero sí de desconocimiento, de estudio indiferente y sin que nadie se la incorpore como propia. La tradición basada en la lectura solitaria, en la lectura repetida, va siendo excluida del mundo.

Todos sabemos que en régimen comunista, los libros tampoco son de propiedad privada. Pero también sabemos que en la casa moderna de un profesor apenas hay sitio para los libros, y luego en los *cubiculi* de la gran biblioteca norteamericana se trabaja tan cómodamente, que no merece la pena. Por mi parte, sé decir que el trabajo científico, el estudio, y aún más la consulta apresurada para comprobar un dato, lo sé hacer en la biblioteca; pero cuando necesito conocer a un clásico, estudiar a Platón o a Eurípides, necesito comprarme el libro y tenerlo mío y poder poner alguna acotación al margen o anotar las palabras difíciles con su traducción o referencia. No sé; pero ahí pervive, en el trabajador a la moderna, en el hombre que "investiga" (dejadme usar esta palabra un poco desacreditada), el incurable individualismo del hombre de la edad humana, la que comenzó con Homero y los profetas y parece que se está cerrando ahora.

Vuelvo a imaginarme otra vez en mi cuarto, entre mis libros, con un ejemplar nuevo de Teócrito, que sustituye a las dos ediciones donde lo había leído antes, y que vuelvo a manejar una y otra vez. A veces me olvido de que tengo prisa, de que, por ejemplo, he de terminar la preparación de esta conferencia, y me detengo a releer un trozo, silabeándolo en voz baja, pero leyéndolo al modo antiguo, no con esta manera que tenemos de familiarizados con la magia de la letra, hasta el punto de que leemos mentalmen-

te, sin oírnos, directamente sobre el papel, por los ojos, sin que nos suenen las palabras (los músicos que no llegan a leer una partitura de este modo me entenderán bien lo que quiero decir).

Aquí dejo a Teócrito, que se sitúa en el alma de la maga, la hechicera abandonada, la cual, en su dialecto propio y en otro metro, repite el tema eterno y tan humano de Safo ante la primera llegada de su amante:

Toda me sentí más fría que la nieve, de mi frente  
el sudor se derramaba como las gotas del rocío,  
y no podía decir nada, ni aun como en sueños  
cuando gritan los niños llamando a su madre...

Pero tenemos que terminar. No seguiré exponiendo la misión que tenemos los profesores de estudios clásicos, porque ése sería el tema de otra disertación.

Resumámoslo todo en una consigna que podríamos ofrecer a nuestra naciente Asociación: salvemos, si es posible, en la nueva era que empieza, la gran tradición humana, la que ha dado durante tres mil años consolación a los humanos, la que ha sido en definitiva aliada de la religiosidad, la que ha disminuído la natural ferocidad del animal humano, esa ferocidad que parece que se despierta.

Perdonadme que de toda la lección de los clásicos, yo, que soy un poco clásico, haya hecho al contrario que los buenos artistas, que de un poco saben hacer una maravilla de creación. He necesitado para señalar algún camino a nuestra Asociación examinar todo el curso de la historia universal.

Que la Sociedad que comienza su vida con tan buenas esperanzas, mejor alocionada cada vez, sepa dar al humanismo de nuestra lengua, y a los estudios clásicos en nuestra patria, la trascendental misión de salvar en la nueva edad que nos amenaza los tesoros de sabiduría y de consolación que se guardan en las antiguas lenguas y culturas de griegos y romanos.

La paradoja española de que nazcamos ahora—en lugar de haber aparecido a luz hace cincuenta o cien años—se justificaría entonces, permitidme que lo diga, genialmente.

## Las pruebas escritas en los exámenes de Grado

CARMELO OÑATE GUILLEN, S. J.

Al fin del presente curso vamos a conocer la primera experiencia de los exámenes de Grado. Las pruebas de junio del 53, aunque llamadas de Grado Superior, sólo en la composición de los Tribunales y en algún que otro detalle se acomodaron a la nueva Ley. En la amplitud de la materia, en la for-

*El R. P. Carmelo Oñate, profesor en el Colegio de Enseñanza Media que la Compañía de Jesús regenta en Tudela, hace en este trabajo una crítica, basada en una previa encuesta, de las pruebas escritas de Matemáticas y de Latín en el Examen de Estado.*

ma de realizarse y en los efectos subsiguientes fueron, por expresa declaración ministerial, exactamente iguales que los Exámenes de Estado del Plan 38.

En las del último diciembre se restringió algo la materia y los efectos han sido los mismos que serán los del Grado Superior; pero, por el carácter de pruebas extraordinarias, se siguió en ellas la pauta de las anteriores.

Tanto en junio como en septiembre y diciembre he procurado captar el mayor número de juicios e impresiones, ya de los que intervinieron activamente en los Tribunales, ya de los profesores y alumnos.